

A propósito del progreso y los cerrojos de la izquierda

Fue precisamente el día siguiente a su publicación, por la mañana, muy al alba, como suelo frecuentar, cuando leí el artículo de Enrique Gil Calvo (“El declive de la izquierda”, El País, 16/04/2008),

(http://www.elpais.com/articulo/opinion/declive/izquierda/elpepiopi/20080416elpepiopi_4/Tes)

y tuve la misma sensación que con algún que otro columnista de El País (por ejemplo, con José Vidal-Beneyto). Me refiero a aquellos que con mayor o menor sutilidad lanzan sus análisis envueltos en una suerte de añoranza de fondo por la identidad perdida de la izquierda, declarando al mismo tiempo su frustración e impotencia ante un capitalismo avasallador que construye su maldad cínica a partir de un individualismo, por lo visto, intrínsecamente perverso y enfermizo. Mi sensación fue, pues, la de un lock-in conceptual, un cerrojo ideológico que mira fundamentalmente hacia atrás en busca de un suelo firme que parece ahora no existir. Una trampa que esteriliza la creatividad frente a una realidad dinámica y por día más compleja y, encima, que propicia actitudes despreciativas respecto a los intentos de responder a dicha realidad desde otros enfoques. El asunto tiene mucha enjundia, y sintetizar una visión alternativa puede dar lugar a malentendidos diversos.

Sin embargo, algún breve apunte cabe aventurar.

1) Asimilar el proceso histórico de individualización a algo dañino es coger el rábano por las hojas, y hacer de paso exhibición de un escaso entendimiento de lo que ha sido la historia en los últimos siglos. La modernidad en sus múltiples manifestaciones, las libertades democráticas, el progreso material e intelectual, son todas realidades sustentadas en la idea del individuo como ser social y como ente separado con creencias y voluntad propias, y capacidad para tomar decisiones por su cuenta. La cuestión clave desde la perspectiva política son las formas culturales que envuelven ese proceso de individualización. Un proceso que arranca de forma clara con la Reforma, en una primera reacción frente a la teocracia dominante en el siglo XVI, y que supuso el comienzo de uno de los mayores cambios culturales experimentados por la humanidad, hasta desembocar en el siglo XX donde se intensifica de manera inusitada y vertiginosa, afectando a todos los órdenes de la vida social, económica y política. De poco vale encubrir nuestra impotencia para crear formas culturales alternativas, por ejemplo, frente al hedonismo más ramplón y manipulable, frente a una religiosidad supersticiosa y estrecha de miras, o frente a los meros instintos de conservación, confort y seguridad que llevamos grabados en los genes. Necesitamos modos culturales (memes de propagación vírica que lleguen a transformar las prácticas políticas) que resulten suficientemente atractivos, que profundicen y otorguen nuevos sentidos y orientaciones al ejercicio de nuestras libertades individuales, al mismo tiempo que evitamos instalarnos en un mero y complaciente desprecio moral hacia lo socialmente existente. La incapacidad de acción lo que manifiesta es, de nuevo, incompreensión de lo que en verdad ocurre, de las fuerzas que vienen fraguando y que acabarán conformando nuestro propio futuro.

2) Entender que lo progresivo en política está necesariamente vinculado a procesos de intervención y crecimiento del Estado (la supuesta identidad de la izquierda) no resiste el menor análisis a la luz de la experiencia histórica reciente, tanto la de las antiguas dictaduras comunistas como la de los mismos estados del bienestar europeos. Hay coincidencia entre analistas de distinto pelaje en señalar que lo importante es contar con un sector público eficaz y con alta credibilidad social, que garantice las instituciones básicas que facilitan la emergencia de la acción colectiva en los distintos ámbitos sociales donde resulta necesaria, el adecuado desenvolvimiento de los mercados y el reequilibrio de poder entre los diferentes y asimétricos grupos sociales y económicos. A estas alturas, con el recorrido habido al respecto, resulta tan ridículo decir que privatizar o reducir impuestos es de derechas como proclamar exactamente lo inverso con relación a la izquierda. El contexto general, las condiciones específicas de aplicación y los objetivos que se persiguen son los que cualifican las iniciativas públicas, los que establecen la dirección que definitivamente adoptan. Por otro lado, el logro de un sector público consistente y eficaz trae a colación y sitúa en un primer orden de relevancia política las cuestiones organizativas y de gestión públicas.

3) Podemos afirmar con pocas dudas que el segundo foco de una política progresista es la preocupación y prioridad que otorga a la distribución del bienestar social, a su crecimiento sostenible y a la protección de los más indefensos. A este respecto, en los últimos tiempos han aparecido dos criterios de gran trascendencia en la concepción operativa de las políticas sociales. En primer término, el enfoque de las capacidades de A. Sen, donde la libertad no consiste meramente en la posibilidad de acceso a bienes que se consideran básicos, ni siquiera en la igualdad formal en cuanto a oportunidades legales, sino en el ejercicio efectivo de capacidades individuales, lo que determina que las políticas deben orientarse al desarrollo de dichas capacidades (Sen habla de índices de capacidades). En segundo lugar, la idea de reciprocidad en las políticas sociales y redistributivas, que se demuestra fundamental en la aceptación social de dichas políticas y en la sostenibilidad y eficacia de las mismas. No se trata del café para todos que puede terminar minando los valores del mérito, el esfuerzo y la iniciativa, sino de que, al margen de las situaciones de mayor desvalimiento, la comunidad perciba una respuesta en correspondencia a la cobertura que colectivamente se presta a los individuos cuando avatares involuntarios se ciernen ominosamente sobre sus vidas.

4) El tercer foco, ligado a la idea de gobernanza, se orienta hacia la promoción de la acción colectiva, de los amplios procesos colaborativos, como vía más eficaz para enfrentar los problemas globales y estratégicos que acosan a las sociedades contemporáneas y que trascienden la acción del mercado. Hay varias formas de entender la gobernanza, la que aquí importa es la que la liga a unos procesos amplios y sustantivos de participación cívica y política y, en general, a la cooperación ciudadana integrada de forma eficaz y articulada en la vida social.

5) Respecto al supuesto deslizamiento hacia la derecha del electorado, al decir de Gil Calvo, creo que hay que tratarlo como una manifestación del fenómeno, ampliamente estudiado, de la tendencia hacia la centralidad en los procesos democráticos de decisión colectiva. La inadecuación de la respuesta política desde los partidos "de izquierda" a esa tendencia hacia la centralidad, y la asunción política del significado sociológico que encubre, constituyen el meollo de la cuestión. El ejemplo del comportamiento suicida, fraccional e indeciso del centro izquierda italiano es representativo en un grado extremo de esa inadecuación (Veltroni, por desgracia, fue un recurso demasiado de última hora).

Subyace una incomprensión política del proceso de individualización social que ancla sus raíces en prejuicios ideológicos, remanentes de reciclajes cognitivos incompletos. ¿Es, acaso, malo la desintegración de la vieja estructura de clases?, ¿debemos, entonces, lamentarnos del paso de una sociedad estamental a una con fronteras sociales más difusas?, ¿es que el capital social de la España de los años 50 y 60 del pasado siglo es más envidiable que la vitalidad que manifiesta hoy en día la sociedad española?. ¿Por qué va a ser malo que la gente quiera tener una vivienda digna en propiedad, o que sus niños accedan a un colegio concertado que ofrece más calidad educativa que uno público? Falla algo significativo en el punto de arranque de algunas perspectivas de análisis supuestamente de izquierdas, se requiere otros enfoques que nos liberen de pesos muertos innecesarios y no nos velen la realidad que tenemos delante.

Las Palmas de Gran Canaria a 19 de abril de 2008.

Jacinto Brito González